

En Mississauga un frío jueves de noviembre cantan Los Zafiros

«...herido de sombras...»

LOS ZAFIROS

«Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito...»

R. LÓPEZ VELARDE

Un cuarto que semeja el cajón de un muñeco,
papel florido en las pareces como vestidos antiguos,
en un calor postizo que irradia la rejilla del calentador
escucho a Los Zafiros una vez y otra,
voces que brillan por el alcohol y el fuego,
mulatas voces anohecidas
a muchas millas de donde esto debía suceder,
siento que viejos clamores despiertan,
cicatrices que en el recuerdo se abren,
¡oh, Dios, mi país, una isla que surca en mi sangre!
cómo se mezclan en este mar avasallante,
en las sufridas armonías de estas voces,
la oscuridad, el vaso de ron,
los amores quebrados, el barrio purulento,
la esquina sin esperanza
y todo clama dentro de mí,
¡oh, Ofelia! chica hamletiana y cabaretera
que hace el amor en cuartos baratos,
su horizonte una pared despintada y maloliente,
pero cuenta las horas hasta el nuevo encuentro
de este dolido amante que ha *venido a decirte*
que te sigue queriendo, mujer,
porque suceden sueños y ciclones,
guerras, sequías y amaneceres
y empecinadamente siempre seguimos queriendo,
amantes, amorosos, amadores que somos,
él lo dice —lo dicen, lo decimos—
a ésta, a aquélla, a esotra,
no miente,

pasa que el corazón se le expande
 como cuerda de guitarra,
 de esa guitarra que tañe el misterio
 de este ya largo romance, este candor,
 este amor sufriente
 que es la sangre de mi país,
 su noche oscura, su día claro,
 corren los días, pasan los años,
 estemos aquí o estemos acullá,
 marcha uno con el país a cuesta,
 una cruz que no te deja,
herido de sombras,
 de sombras que no yacen cuando el sol se echa,
 de sombras que se avivan más prestas mientras más sombra,
 sin quererlo tropiezas con tu país
 porque eso es: todas las marcas en la piel,
 todas las voces en el recuerdo,
 todas las penas en el pecho,
 el nudo en la garganta cuando Los Zafiros cantan,
 ese ardor de un pie en la memoria,
 unos ojos, el sueño de un seno suave,
 ese dolor de tanta juventud dormida,
 callada en su imposible ansia,
 juventud despeñada en un agua enturbiada
 cuando era *una noche de luna,*
 país que pudo ser y no fue
 y que, duele, pero nunca será
 y, como no fue, es y arde en cada golpe de sangre,
 país esa voz que blande un gemido
 que se saja en el pecho, te saca el corazón
 a este aire artificialmente tropical
 y no sabes qué hacer, dónde ponerlo
 que no se agote, que no se ensucie,
 yo que jamás me sentí patriota,
 y que me asfixio con tantas consignas,
 con esas frases grandiosas
 y ahora estas voces me sacuden,
 me sacan el llanto
 y sube a mis labios,
 como una cándida sonrisa,
 el agridulce gusto de mi país,

oblea que se deslíe mientras Los Zafiros cantan,
 no hacen falta ni Esquilo ni Sófocles,
 la catarsis está en cada canto de un amor desesperado,
 algún deseo castrado, un sueño degollado,
 ¡ay, país! ¿por qué me haces esto?
 ¿por qué me calas estas voces en el pecho?
 ese que clama que *baila la rumba comoquiera*,
comoquiera que es nuestra manera de ser,
 comoquiera estoy herido de sombras,
 de tu sombra creciente,
 mi país, mulata con chancletas caminadoras,
 arrollando por mi pecho, por mi aliento,
 yo temblando al traqueteo de tus pasos,
 cantas en esa oración de mis entrañas
 que clama tu ausente presencia,
 tu presente ausencia,
 lo que tengo que no tengo,
 lo que no ha sido y no será,
 mi país, el mío, un no-fue que no será,
 el suceder de un no-sucedido,
 patria que nuestro amor ha creado
 y también nuestro desamor,
 ¡ay mi país, ay de mí, ay de nosotros!
 hasta ahora no había sentido tus clavos,
 no había sopesado tus maderos,
 a ti voy atado con tus cantos,
 con tus latidos,
 contigo navego
herido de sombras
 en este mar de mi sangre.